



ABISINIA.—RESIDENCIA DE LOS MISIONEROS EN ALITIENA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista  
(Pág. 249)

## CARTAS DE MISIONEROS

### URUBAMBA (PERÚ)

#### Los hijos del Sol

El celoso misionero dominico R. P. Fr. Eicerio Martínez, escribe desde Santo Domingo de Urubamba en fecha Julio del corriente año:

No ha mucho, en uno de mis viajes por estas montañas, me encontré con un pobre hombre, de esos que tienen la desgracia de leer poco y malo, de tratar con pocas personas ilustradas, y éstas antirreligiosas é impías, y en cambio tienen sobrada dosis de orgullo y grandes pujos doctoriles. Luego recayó nuestra conversación sobre asuntos religiosos, y nuestro hombre, haciendo alarde de sabiendo é instruido, con aire magistral me dijo:

—¿Por dónde sabe V., Padre, cómo se formó el mundo, cómo fué creado el hombre, y qué es eso que llaman Redención...?

—Aparte de otras razones, por la Sagrada Escritura, inspirada por Dios y enseñada fielmente por la Iglesia, le respondí.

—No creo que diga eso la Sagrada Escritura, replicó nuestro ilustrado opositor. Y como yo le citara los textos, exclamó:

—Todo eso son dichos; yo nada creo de eso, ¡es tanto lo que se escribe, y luego nada sabemos de cierto; como que ni sabemos cómo se fundó nuestro Imperio; tan sólo sabemos que somos hijos del Sol!

Y así se cerró del todo completamente y no quiso oír más de las pruebas que yo intenté darle acerca de las cosas de la Religión. Y entonces, para que viese el perjuicio que causa el tratar con cierta clase de gentes, le dije:

AÑO XVI.—Núm. 321

—Esas cosas y otras muchas necesidades, se las han dicho á usted X. y X., á quienes ambos conocíamos, pero vamos á ver.—Usted no cree lo de la Sagrada Escritura; no cree V. que el mundo sea obra del Omnipotente, ni que el hombre sea hijo de Dios, y cree V. que los peruanos sean hijos naturales del Sol.

—Sí, Padre; porque la historia así lo dice, y á la historia hay que creerla.

—Muy bien; pues lea V. la Escritura Sagrada sólo como una historia, y verá cómo allí se dice que Dios creó el mundo en seis días, y que formó al hombre á su imagen y semejanza, y que redimió al género humano con su sangre preciosa; y así todo lo demás. De modo que si hay que creer á la historia, crea V. ésta, que es la más verídica de todas las historias.

—Bueno, Padre; pero yo eso no lo creo, y no hablemos más de ello.

—Está bien; pero es sensible que los que niegan estas cosas tan sencillas, tan claras y hasta tan naturales, lleguen á creer patrañas tan ridículas y tan extravagantes como el que Vds. sean hijos del Sol.

—Sí, mi Reverendo; es raro que el Sol tenga hijos; pero así lo dice la historia.

Y como ya me fuese yo llenando de tanta historia, le repliqué:—Pues vea V., amigo, cómo los más incrédulos en materias de Religión, caen siempre en el extremo de creer las mayores candideces, y además, según se ve, no siempre están á gran altura en el terreno de la historia que V. tanto invoca; pues la misma historia que llama á los peruanos hijos del Sol, cuenta cómo fué inventada esa conseja.

Pero nuestro histórico hombre, algo mal humorado, exclamó:—No me dirá ninguna historia quién fué el

15 DE NOVIEMBRE DE 1908



padre de Manco Capac, primer Inca y fundador del imperio del Perú, sino que todos dicen que fué hijo del Sol.

Y yo, más por seguir la conversación que por otra cosa, me tomé la molestia de contarle esa conseja. Conseja que hoy transcribo para que los lectores de nuestra Revista tengan noticia cierta de los principios de este hermoso Imperio en que están enclavadas nuestras nuevas Misiones.

En los diez primeros siglos de nuestra era, vivían los indios de estas regiones desparramados por los bosques, juntándose algunos, según que por casualidad se encontraban, para hacer vida común en alguna cueva. Sus alimentos eran raíces y algún animal que cazaban, y á veces las enjutas carnes de otro hombre que por casualidad atrapaban; su vestido era la desnudez, y en días extraordinarios, algunos, los principales, cubríanse de pieles y hojas grandes; su Dios era todo aquello que podía hacerles daño ó de que esperaban algún beneficio, y así, unos adoraban al tigre, otros al oso; éstos á un árbol grueso, aquéllos á una elevada montaña, ó bien al trueno, al relámpago ó el rayo; y como el sol era el que más visiblemente los favorecía, por eso el astro rey era el más generalmente venerado.

En el siglo décimo, Manco Capac, indio de extraordinario talento y agudísima sagacidad, pensó en sacar provecho de la ignorancia de sus compañeros y se propuso mandar en todos ellos. Y ésta es la ocasión de decir quiénes fueron sus ascendientes.

Aparecieron las primeras poblaciones del Perú, en Caracas, extendiéndose poco á poco por toda esta tierra. Algunos pocos llegaron á este sitio denominado Sumpa, que los españoles llamaron Punta de Santa Elena, y allí reconocieron como mayor á uno llamado Tumbe. Este, después de ser nombrado jefe, envió á algunos de los suyos á descubrir tierra, con el encargo de volver á dar cuenta de sus descubrimientos; mas como pasara un año y nadie volviese, le entró tal tristeza, que al poco tiempo murió, ordenando antes á sus hijos que fueran en busca de su gente y que poblaran la tierra que encontrasen.

El hijo mayor de Tumbe, llamado Quitumbe, cumplió los deseos de su padre, saliendo de la tierra en que vivía, y dejando allí á su mujer Llira, con la promesa de volver en breve. Llegó á una llanura cerca del mar, en donde fundó un pueblo, al que denominó Tumbes, en memoria de su difunto padre: pero no cumplió la palabra que había dado á su mujer, y ésta, después de tener un hijo á quien llamó Guayanay, subió con el hijo á una gran montaña, y con lágrimas y sollozos pidió al Pachacamac (al Dios) y al Sol que vengasen la deslealtad de su marido. El cielo en aquel día se nubló y estalló una horrible tempestad con truenos, relámpagos, rayos, fuertes vientos y granizo, cesando desde entonces las lluvias en la costa, que hoy se ve en su mayor parte árida y seca.

Creyó Llira que con esta señal daba el cielo á conocer que vengaría la injuria que le hiciera su marido; y en agradecimiento determinó sacrificar á su hijo Guayanay. Llegado el tiempo, le mandó lavarse en una fuente de agua cristalina y le hizo tenderse sobre un mon-

tón de leña, al que aplicó resuelta el fuego; y cuentan que en aquel momento un águila arrebató al mancebo y lo llevó á una isla de donde la madre no pudo dar con él.

Sea esto así, ó sea que el joven, por evitar el ser quemado, huyese á esa isla, es lo cierto que vivió en ella algunos años, sustentándose con raíces y frutos solamente.

Tenía poco más de veinte años cuando quiso salir á tierra firme poniéndose para ello en una balsa; pero pronto fué apresado por unos piratas que vestidos de pieles andaban en grandes canoas, y presentado al Cacique de un pueblo de la costa, éste formó consejo con los principales y se determinó encerrarlo en una prisión hasta la primera solemnidad en que había de ser sacrificado á los dioses.

Era el joven Guayanay muy hermoso, con su larga y sedosa cabellera, con sus negros y grandes ojos, su frente espaciosa, su estatura alta y esbelta, su aire suelto y agraciado y su trato afable y bondadoso; por lo cual era muy visitado en la cárcel. Entre los visitantes fué un día la hija del Cacique, llamada Agar, la que, enamorada del prisionero, dióse trazas para tratar á solas con él, y le manifestó la sentencia de muerte que sobre él había recaído y que ella se comprometía á librarlo si la daba palabra de no apartarse de ella mientras viviese. Prometióselo el joven, y Agar, apartándose, cogió un champi (hacha), y por la noche se presentó á los guardas de la cárcel y les dijo:

—Abridme la puerta y retiraos un momento; pues por orden de mi padre vengo por el prisionero para llevarlo al lugar del sacrificio.

Los guardas franquearon el paso á la hija del Cacique y ella quitó las ligaduras al preso, saliendo ambos á todo correr. En el camino encontráronse con seis indios, y temiendo ser por ellos denunciados, trabaron encarnizada batalla, quedando cuatro muertos en aquel sitio; pero los otros dos escaparon y avisaron al pueblo; mas Agar había enviado delante cuatro hombres que tuvieran preparada una canoa, y antes que llegaran los del pueblo, ya Guayanay y Agar se habían trasladado á la isla en que aquél había vivido.

Murió Guayanay después de algunos años, dejando un hijo llamado Atau, el cual siendo ya de edad y viendo que era ya mucha la gente para vivir todos en aquella pequeña isla, determinó salir á poblar otras tierras; pero no lo pudo realizar, y antes de morir manifestó sus intentos á su hijo Manco, quien muy luego los puso por obra.

Había Manco heredado todas las dotes de gallardía, afabilidad y hermosura que poseía su abuelo Guayanay, y además tenía un talento nada común, exquisita prudencia y un tino privilegiado para gobernar. Los indios veían en él un rey insustituible, y cuentan que al nacer el hijo de Atau, hubo una gran tempestad durante la cual temblaba la isla como si fuera una pequeña balsa, y acabando de nacer el niño, cesó la tempestad, calmóse el mar, serenóse el cielo, y el día quedó tranquilo: lo cual era indicio de que sólo aquel recién nacido era capaz de aplacar la ira de los dioses. Cuentan también que siendo muy joven, cuando salía al campo con otros compañeros, seguía un águila que más tarde hi-



zo su nido en casa del mozo; porque él era, decían, el principio de una gran familia.

Llamábanle Manco Capac, como á su primer rey, y él se valió de esas ideas y de la sencillez é ignorancia de sus indios para darse á conocer como Soberano de todas aquellas gentes.

¡Hermosa trama la que para esto urdió! Acercábase ya á los treinta años cuando salió, con algunos de sus súbditos, en unas canoas, y llegados á la costa y después de mucho andar, arribaron á la gran laguna de Titicaca, y allí habló á los suyos de esta manera:

—Sabed que soy hijo del Sol, y que mi padre me envía á gobernar y traer la felicidad á estas tierras; son muchos los trabajos que os aquejan, y yo vengo á remediarlos; enojados están los dioses, y sus iras derramarán calamidades sin cuento sobre vosotros, y yo he sido formado para impedirlos; quedaos aquí por algunos días y luego iréis á buscarme á tal punto, unos por un lado y otros por otro, diciendo á cuantos encontréis que el Sol ha mandado á su hijo para que haga felices á estas tierras y las libre de todos los males, y que vosotros vais en su busca; que saldrá de una cueva para presentar las insignias del mismo Sol.

El se fué luego costeanando la laguna, y los indios se quedaron y horadaron las orejas, poniendo en ellas unos juncos llamados *Totora*, para así ser distinguidos de los demás.

Después de algunos días llegó Manco Capac cerca del Cuzco, en donde había tres cuevas; la del medio con abundancia de oro, plata y otros metales, con los que adornó todos sus vestidos y rodeó la entrada de la cueva.

Entretanto ya los indios se habían juntado con otros muchos y habían visto varias veces á Manco Capac rodeado de resplandores producidos por diversos preciosos metales.

En breve corrió por todas partes la voz de que en Picarictampu se había visto al hijo del Sol, tan resplandeciente como su padre, y que venía á gobernar la tierra. Con estas nuevas, la gente acudía cada vez más numerosa á ver si era verdad lo que se decía.

Un día en que la concurrencia era mayor y á la hora en que el sol daba de lleno en la cueva, salió Manco Capac con mucha majestad y calma, apareciendo todo él envuelto en haces de luz y rodeado de cambiantes esplendores según que el sol reflejaba sus rayos en los ricos metales, permitiendo acercarse á sí solamente á los indios principales.

El les arengó entonces elocuentemente y les dió sapientísimas leyes fundadas en la justicia y equidad más estricta, imponiendo ó señalando penas severísimas á sus transgresores, y obligando á todos á reunirse algunas veces al año para oír sus enseñanzas, festejar y ofrecer sacrificios al Sol su padre, y llevarle á él sus más abundantes y ricos dones.

Desde entonces estableció su gobierno y absoluto reinado, y las gentes, al ver aquella majestad y aquel brillo que salía de toda su persona, creyeron que realmente era hijo del Sol el que con tales señales é indicios se presentaba, y todos, uno por uno, fueron doblando ante él su rodilla y jurándole obediencia y sumisión en todo.

\*

En su lengua llamaban al Sol *Inti*, y para distinguir al padre del hijo, llamaron á éste Inca, y así dió principio el reinado de los Incas y la vida de los HIJOS DEL SOL.

Hasta aquí el relato de aquel día. *El hombre de la historia* quedó un tanto pensativo; los que presentes estaban batieron palmas al ver á un incrédulo corrido, y yo me retiré diciéndole:—Amigo, ceda V. un poco de campo á la autoridad divina; porque es una gran necesidad no creer lo que el mismo Dios ha inspirado, y hacer caso de los relatos de cualquier indio aventurero.

## SIRIA

Sencillez de vida de los Maronitas.—Hermosura topográfica del Monte Líbano.—Valle Adonis.—Afca.—W. Kadischa.—Los Cedros Bíblicos.—Terrible crisis.—Esperanzas.

Del último número de la excelente *Revista Montserratina*, que publican los Padres Benedictinos del célebre Monasterio, extractamos la siguiente correspondencia, que el R. P. Buenaventura Ubach, O. S. B., dirige al reverendo Padre Director de dicha Revista.

Scharphet, 26 de Septiembre de 1908.

CUANDO andando el tiempo, he ido descubriendo los secretos de estas montañas, refugio del pueblo maronita y segunda cuna del Catolicismo en Oriente, por haber cobijado y escondido entre sus pliegues la preciosa semilla de las Iglesias Sira (1), Armena y una parte de la Griega en los tiempos de más cruel persecución; cuando he ido examinando de cerca las sencillas y encantadoras costumbres de esta raza maronita, con sus diferentes manifestaciones del hogar doméstico, de la vida pública y de la vida religiosa, y escuchado sus embelesadores relatos y leyendas; cuando he visitado alguno de los innumerables monasterios de monjes diseminados por toda la montaña (2); cuando he contemplado los diversos monumentos fenicios, asiriológicos y

(1) Cúidese de no confundir la Iglesia de Sira con la Iglesia Maronita ni con la Iglesia Caldea, diferentes entre sí por el rito, y aun por tener cada una de ellas Patriarca propio. La lengua litúrgica de las tres Iglesias es la Siríaca, excepto algunas partes de la Misa que pueden ser recitadas en lengua árabe, á elección del celebrante. La lengua vulgar es el árabe, como en toda la Siria y Mesopotamia, no habiendo más que algunos pueblos como Má'ula, unos 30 km. al N. E. de Damasco, Karakoch y otros cerca de Mossul, y los alrededores de Mardin, que hayan conservado la lengua siríaca como vulgar, la cual, no obstante, difiere aún bastante de la lengua clásica, por haberse introducido en ella muchas palabras árabes, kurdas y persas.

(2) Mi correspondencia se alargaría considerablemente si quisiese entrar en detalles sobre el origen y género de vida de estos monjes del Monte Líbano. Me contentaré con decirle que desde fines del siglo XVII se hallan divididos en tres congregaciones, la de los Alepinos, la de San Isafas y la de los Baladitas ó Indígenas. La primera cuenta 163 monjes repartidos en 13 monasterios y 6 residencias. La de San Isafas cuenta 168 monjes y 31 monjas, repartidos en 24 monasterios y 13 residencias, y los Baladitas cuentan 671 monjes y 107 monjas, repartidos en 38 monasterios y 27 residencias. La regla denominada de San Antonio (sin contener, empero, nada de la de este Santo) fué redactada por Mons. Assemani, y aprobada en 1735. Ella ha sido observada en todo tiempo con gran celo y rigor hasta hace unos 40 años, en que la observancia empezó á decaer sensiblemente: por esta razón la Santa Sede se ha visto obligada á nombrar la comisión presidida por el Rmo. P. Benito Gariador, O. S. B., y compuesta de él y de los PP. Galand, dominico, y Farra, franciscano, á fin de pasar la visita canónica á todos los susodichos monasterios; reservándose la misma Santa Sede el derecho de hacer, según el relato de los Padres Visitadores, las reformas que crea convenientes.



egiptológicos esculpidos en sus rocas y admirado sus riquezas zoológicas, botánicas y geológicas; y sobre todo, en fin, cuando fatigado de mis tareas he emprendido la excursión á través de esta grandiosa y sin par cordillera, y efectuado mi peregrinación á los Cedros bíblicos, y subiendo al Mákmal, punto más culminante de la cordillera (3,063 m.), se ha desplegado ante mi vista como un mapa toda la Celesiria desde Homs (Emesa) hasta Balbek y depresiones del Jordán, con toda esa inmensa cordillera del Antelíbano, terminada al S. con el majestuoso Hermón, he tenido que convencerme de que, no cuatro páginas, pero ni siquiera todo el libro que en buena hora acaba de publicar el Padre Goudard, S. J. (1), me parece suficiente para describir como se merece la hermosura de estas regiones y revelar sus secretos.

En efecto, ¿cómo ponderar la simplicidad de costumbres de estas buenas gentes, la sencillez de su devoción, comparable tan sólo con la de nuestros Padres de la Edad media, sus fiestas, sus peregrinaciones á los santuarios de la Santísima Virgen, sus diversiones, semipaganas algunas veces, sus prácticas religiosas, y aun sus supersticiones? ¿Qué lengua podrá alabar ni siquiera aproximadamente la vida deliciosa y pacífica de estas montañas, y describir la hermosura y variedad de sus panoramas, sus rarezas topográficas, sus precipicios, cuevas, fuentes, cascadas y rocas fantásticas y de formas caprichosas? ¿Qué pluma es capaz de dar idea exacta del más célebre y pintoresco de todos los valles, el antiguo *Adonis*, hoy *Nahar Ibrahim* (río de Abrahán), garganta vertiginosa que va torciéndose y hundiéndose entre vertientes de una majestad la más salvaje (2), hasta llegar por fin á sus fuentes, á la arrebatadora Afca (Afeca, antiguamente), con las ruinas de un templo pagano, celeberrimo en otro tiempo, en medio de un anfiteatro lleno verdaderamente de majestad y grandeza, poblado de cipreses y nogales gigantes, y en cuyo centro se halla una profundísima cueva, de donde sale como de una inmensa boca ó canal ese río tan celebrado por la antigüedad pagana por haberse en él localizado las aventuras del nieto de Venus y Adonis? (3). ¿Qué pincel podrá reproducir fielmente esa variedad de vistas y panoramas que tan grandiosamente se manifiestan en todo lo largo del Wadi Kadischa (valle santo)? «Esa curva majestuosa del Mákmal, el más bello esfuerzo arquitectural del Monte Líbano, en el fondo del cual la vista descubre una mancha verde, los

cedros bíblicos, al pie de los cuales se ve relucir esa hermosa cascada que se precipita furiosamente dentro el Wadi Kadischa» (1), inmensa grieta y garganta profundísima de unos 16 kilómetros de longitud, y cuyas paredes laterales con sus cimas de 600 á 800 metros de altura, le dan ese aspecto salvaje y pintoresco que en vano se buscaría en cualquier otro punto de la Siria.

La impresión, empero, no tiene rival cuando, al fin, se llega al término de la excursión, al entrar bajo la sombra de ese pequeño bosque de unos 400 cedros, entre los cuales se hallan inmóviles é impassibles los 12 gigantes de los siglos (2), libres hasta el presente del hacha y de las llamas de los muchos conquistadores que por ahí han pasado, y á los cuales si bien no les cupo la dicha de adornar como sus hermanos el palacio del rey David, ó el templo de Salomón ó de Zorobabel, tienen en cambio el honor de atestiguar á todo el mundo la veracidad de la Biblia. Tal vez por esta razón ó por ser ellos varias veces mencionados en la Sagrada Escritura por el Salmista y los Profetas, ese lugar es considerado por todo el mundo como venerando y como una especie de santuario, hasta tal punto que las gentes del país los denominan *ars er-rabb*, los Cedros del Señor, viniendo ahí en peregrinación el día de la fiesta de la Transfiguración (en honor de cuyo misterio se halla una capillita en medio del bosque), y considerándose como dichosos de poder llevar consigo un pequeño ramo de esos árboles para colocarlo en las paredes de sus habitaciones, como nosotros colocamos el ramo de palma, laurel ú olivo bendecido en el domingo de Ramos.

Al contemplar, empero, tanta belleza, uno siente al momento su corazón oprimido por el dolor, y una lágrima salta involuntariamente de los ojos. ¡Ah! es que entonces uno se acuerda de una belleza mucho más sublime y sin comparación mucho más trascendental, de la belleza moral de esta raza maronita, pueblo bélico, activo, trabajador y sobre todo firmemente católico y devoto de la Reina de los cielos, y que al presente está pasando una crisis verdaderamente terrible. La nueva Constitución ha favorecido en extremo al imperio otomano en todos sentidos; empero amenaza con producir la ruína moral del Monte Líbano, y quiera Dios que no lo sea aún de su independencia, de que tan ferviente amante se ha mostrado hasta el presente (3). La Franc-

te, el Monte Líbano podrá aventajar á Montserrat por sus aguas que brotan con impetu de todas partes, según expresión de la Sagrada Escritura, y por la variedad de sus panoramas, pero jamás le superará en belleza ni en las formas caprichosas y piramidales de sus rocas. Solamente en el valle Adonis, al O. de Kartaba, el color ceniciento de las vertientes del río pobladas en su parte alta de encinas, presenta cierta semejanza con la montaña de Montserrat, por la parte de la *Font dels monjos*. Lo mismo he observado en las otras vertientes del río *Salib*, entre Mozraá y Reifun.

(1) *La Sainte Vierge au Liban*.

(2) Este grupo de cedros, el principal de toda la montaña, se encuentra á 1,925 metros de altura sobre el nivel del mar. El mayor de todos mide en su tronco hasta 14 metros y medio de circunferencia, extendiéndose sus ramas hasta 49 metros del uno al otro extremo. La altura del más grande no pasa, empero, de 25 metros. Otro grupo de unos 6,000 cedros mucho más jóvenes, se encuentra al S. de Hadeth y Bdiman.

(3) Si el Monte Líbano llega á enviar sus diputados representantes al nuevo Parlamento que va á ser constituido, según lo desean S. M. I. el Sultán y los maronitas de perversas intenciones, ¿no será esto declararse en cierto modo dependiente de la Sublime Puerta?

(1) *La Sainte Vierge au Liban*. Un volumen en 4.º de 500 páginas, en papel de lujo y 700 fotografías, editado por la «Maison de la bonne presse», rue Bayard, 5, París. Se halla de venta en la misma casa al módico precio de 7'50 fr. en rústica, y 10'50 encuadernado. Libro verdaderamente precioso, y que desearía ver traducido en nuestra lengua y difundido por toda España, única nación que puede competir, y que sin duda aventaja al Monte Líbano en punto á devoción á la Virgen Inmaculada.

(2) P. Goudard, S. J.: *La Sainte Vierge au Liban*.

(3) Hoy día aún en ciertas épocas del año este río se colorea ligeramente de un tinte rojo, debido á ciertas substancias minerales: por esta razón los antiguos paganos vieron en él la sangre de Adonis destrozado por un jabalí.—La hermosura del lugar es tan fascinadora, que uno de mis compañeros me dijo: «Bien seguro que la belleza de la montaña de Montserrat, que V. R. tantas veces nos ha ponderado, no iguala á la de este anfiteatro.—Si en ciertos puntos de aquella montaña, respondí yo, fuese posible hacer brotar un río como Nahar Ibrahim, vería V. R. como al momento palidece toda la hermosura de este sitio.» Efectivamente—



masonería ha escogido desde hace algún tiempo esta montaña como centro favorito de sus operaciones en estas regiones de Oriente, y, triste es tener que confesarlo, Satanás va ganando de día en día muchísimo terreno. ¿Conseguirá él sus perversos intentos? Si el clero y los monjes no despiertan de su letargo, seguramente que sí. Una cosa, empero, hace vislumbrar su salvación, y es su devoción á la Virgen Santísima, cuya prueba bien elocuente acaba de dar últimamente con el grandioso monumento levantado en su honor en el distrito de Kesrauan sobre el pueblo de Junyelh, bajo la iniciativa del patriarca maronita S. B. Elías Huayek y del Delegado apostólico de la Siria, muerto hace tres años, el Excmo. Sr. Carlos Duval, é inaugurado el día 4 de Mayo del corriente año (1), siendo desde entonces considerado como el principal santuario del Monte Líbano, y el centro de peregrinación más frecuentado. ¡Quiera la Reina del cielo escuchar las súplicas de estos simpáticos y devotos maronitas, y quebrantar la cabeza de la infernal serpiente de la Francmasonería!

(1) Fiesta de la Virgen de Montserrat. ¡Hermosa coincidencia! Mientras en ese monasterio el Subdiácono de la Misa pontifical entonaba la preciosa capítula de Tercia: *Quasi Cedrus ewaltata sum in Libano...* en la misma hora la Virgen Santísima aparecía por primera vez, majestuosa como un cedro, en estas alturas del Monte Líbano.

## NOTICIAS VARIAS

### Barcelona.

*Misioneros expedicionarios.*—El 11 del corriente se embarcaron en Barcelona cinco Misioneros del Corazón de María con destino al Chocó.

Es el Chocó una de las Intendencias del Departamento de Cadca, en Colombia.

El clima es en general cálido, húmedo y malsano. Su población de 101,000 habitantes, entre blancos, negros é indios. Profesan casi todos la Religión católica, pero viven en el más completo abandono religioso desde la revolución colombiana de 1900.

Según el Proyecto de Convenio entre la Santa Sede y el Gobierno de Colombia, se crearon algunos Vicariatos y Prefecturas que la misma Santa Sede debía proveer de personal eclesiástico.

La Congregación de Misioneros del Corazón de María, á propuesta de la Congregación de Propaganda Fide y del Emmo. Cardenal Rampolla, aceptó la Prefectura del Chocó. Digo Prefectura y debía decir Vicariato, pues como tal aparece en el citado Proyecto de Convenio.

Según esto el Rmo. P. Gil, que figura al frente de los misioneros expedicionarios, debía ir con la sagrada mitra; pero siguiendo el consejo de la Santa Sede, ha preferido presentarse como Prefecto, hasta tener bien organizada en aquella vasta región la jerarquía y la disciplina eclesiásticas.

El P. Claret se ha immortalizado en sus obras. Aquella Congregación de Misioneros fundada por él en Vich, y como él despreciada, calumniada y perseguida en un principio, avanza majestuosa por el camino de la gloria.

Su acción evangélica y civilizadora, desbordándose de la Península, se extiende por nuestras colonias africanas y por casi todas las repúblicas de América; Argentina, Buenos Aires, Chile, Brasil, Méjico y California, son teatro de sus campañas apostólicas. Penetran ahora en Colombia, y penetrarán

muy pronto, según tenemos entendido, en el corazón de Inglaterra y Estados Unidos. Cuentan ya con individuos alemanes, italianos, bávaros y polacos, que les abrirán paso á las naciones del Norte de Europa. ¡Bien por los Hijos del Corazón de María!

*Salida de nuevos Misioneros Agustinos.*—Para reemplazar á los dos jóvenes misioneros Agustinos que fallecieron en China este año (Fr. José José Martín y Fr. Lorenzo Alvarez López), salieron para aquel imperio embarcándose el día 9 de Octubre en Barcelona los tres Padres Agustinos del Colegio de La Vid, Fr. José González, Fr. Leopoldo Mendiluce y Fr. Gerardo Herrero. Para Filipinas, se embarcaron en el mismo vapor los PP. Joaquín Geijo, y Fr. Daniel Castrillo, de la misma Orden de San Agustín.

El día 11 del corriente se embarcaron también en Barcelona, destinados á las Misiones del Perú, los PP. Fr. Juan García, Fr. Graciano Montes y Fr. Rafael la Serna, procedentes también del mencionado Colegio de Santa María de La Vid.

### París.

*Nuevo Superior general de los Oblatos de María Inmaculada.*—El Ilmo. Sr. Agustín Dontiville, obispo de New-Westminster (Colombia británica), ha sido elegido por el Capítulo general de los Oblatos de María Inmaculada para reemplazar al Superior general difunto, Rmo. P. Lavillardière.

Nacido en Bischwiller, diócesis de Strasburgo, el 11 de Junio de 1857, el P. Dontiville emigró á los Estados Unidos después de la guerra. Hizo sus estudios en la Universidad de Ottawa, dirigida, como es sabido, por los Oblatos de María Inmaculada, en cuyo noviciado ingresó poco después de terminados aquéllos. Ordenado de sacerdote en 1885, se dedicó unos años al profesorado, partiendo luego para las Misiones de la Colombia británica.

En 1897 lo solicitó y obtuvo para coadjutor el Ilmo. Sr. Durieu, á quien sucedió en el episcopado el 1.º de Junio de 1899.

### Concepción (Guinea española).

*Noticias varias.*—Con fecha 20 de Septiembre, nos escriben desde Concepción:

«En ésta de Concepción no se ha dejado sentir la falta de agua durante la época lluviosa; pero con todo quizá no llegue la cosecha á la del año pasado: abunda mucho la piña negra, y es grande el destrozo que vienen haciendo las ardillas á causa de no poder perseguirlas por falta de armas y de pólvora. Se nota que en las fincas donde se ha quitado mucho la sombra, ha sido invadida la planta de un modo alarmante del gusano, quedando algunas fincas casi destruidas. El día del Corazón de María hubo en la Misión 21 bautismos de adultos, quienes se están preparando para la primera Comunión, que está anunciada para la Virgen del Rosario: todos los domingos se da en la iglesia una pequeña instrucción en español, en bubí y en inglés moreno, á fin de que todos los fieles puedan aprovecharse de las verdades de nuestra Religión Sacrosanta. La salud que reina en la bahía es inmejorable á pesar de la humedad del tiempo y lluvias casi continuas. Se deja sentir mucho la escasez de braceros, ya para el ensanche de las numerosas fincas empezadas, ya para la recolección del cacao; y gracias aún al buen número de bubis que se lograron contratar en los meses anteriores.

«Corren rumores de si viene á establecerse en esta bahía una nueva tienda ó factoría, á más de la que tiene abierta la Compañía y el Sr. M. Balboa, todo lo cual prueba que lejos de decrecer, vamos progresando. Sea bienvenida.»



### Centro del Africa.

*El tabaco.*—Hay europeos que creen que en el centro del Africa no hay tabaco. Nada más falso; los negros lo aprecian tanto, que consumen nada menos que el triple de los blancos, y sobre él hay grande tráfico entre ellos.

Es más, hay tribus, como en Unyanwezi, en que es ley para las mujeres el ser fumadoras de tabaco, y entre los Waskumas, la mujer es la única que usa el tabaco. La pipa, de tierra cocida, de forma triangular, con larga caña de bambú, es la compañera inseparable, el *vademecum* de toda mujer negra.

Los Mtusi agregan á la pipa unas pinzas para coger las brasas con que encenderla.

En sociedad la pipa y lo mismo los cigarros no son personales, como entre los blancos, sino que pasan de boca en boca sin reparo alguno.

Es notable la afición que en el centro del Africa existe al tabaco en polvo y la destreza con que lo preparan.

La operación de tomar rapé es bien original y reviste tal solemnidad, que excluye otra ocupación simultánea. Se interrumpe para ello cualquier trabajo: si se viaja, se hacen paradas exclusivamente para tomar grandes dosis de tabaco.

Lo toman con la mano derecha, porque consideran que el tomar rapé es operación tan importante como el comer. Por esto en tiempos de pobreza, esconde el negro su tabaco tanto

como los víveres. En el Urundi se toma el polvo mezclado con agua y se mantiene en las fosas nasales á favor de unas pinzas que las aprietan.

### Ecuador.

*Cómo lo gobiernan.*—El día 12 de Agosto inauguró sus sesiones ordinarias el Congreso Legislativo, con asistencia escasa de diputados y senadores. El Ministro de lo Interior lee el Mensaje del Presidente Sr. Alfaro. En él empieza éste por lamentarse de que no le hayan dejado vivir en paz desde que en 1906 volvió á ocupar la Suprema Magistratura, tratando de justificar así el aumento de fuerzas militares para tener á raya á los discolos. Hablando de la situación financiera, confiesa que en el año económico de 1907 los ingresos fueron de 12.724,567'19 sucres; y los egresos, 15.401,785'65 sucres; lo que arroja un déficit de 2.677,218,56 sucres. Este déficit lo atribuye al pago de deudas atrasadas y gastos militares. Luego, poniendo su mano sacrilega en los bienes eclesiásticos, que llama de *manos muertas*, somete á la consideración del Poder Legislativo la idea de adjudicarlos á establecimientos de Beneficencia, ya que *han llegado á ser improductivos para las Comunidades religiosas, y completamente inútiles para el pueblo, en cuya munificencia está el origen de esos bienes*. Por lo visto el Presidente Dictador vive muy atrasado en achaques de economía cuando, para justificar el criminal despojo de lo ajeno, apela á tan añejas teorías.

## ARMENIA CENTRAL

### RELACIÓN DE VIAJE EN LOS RÍOS PUTUMAYO, CARAPARANÁ Y CAQUETÁ Y ENTRE LAS TRIBUS GÜITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

Poco conocida es de nuestros lectores la región que nos describe el docto capuchino, autor del notable y extenso trabajo, cuya publicación empezamos. Muy civilizada y floreciente hállase la América latina, pero muchísimo queda en ella para hacer. Territorios extensísimos, casi desconocidos, donde viven en pleno salvajismo numerosas tribus, reclaman misioneros que enseñen á estos pueblos el camino de la verdadera civilización. En dos partes, y éstas en capítulos divide el P. Fr. Jacinto de Quito su hermoso trabajo.

Con el fin de que su lectura no produzca cansancio, en la primera anota los hechos más sobresalientes desde su salida de Mocoa en compañía del P. Santiago, como también lo que les sucedió en los veinticinco días de navegación desde el primer puerto del Putumayo (San Vicente), hasta el punto denominado *Nueva Granada*, sito en la ribera izquierda del mismo río, á unas seis leguas más abajo de la confluencia del Caraparaná.

En la segunda parte se ocupa de las diversas tribus Güitotas que han visitado, de sus costumbres y usos, y cuenta los muchísimos percances que tuvieron en su regreso á Mocoa por el río Caquetá.

Dirigía el Padre su trabajo al Prefecto apostólico del Caquetá, Fr. Fidel de Montclar, capuchino.

#### PARTE PRIMERA

#### CAPÍTULO PRIMERO. Salida de Mocoa y furiosa tempestad en el pueblo de Guineo



Como los expedicionarios debían tomar la vía más recta que hay de Mocoa al Putumayo, era muy natural que yendo nosotros con ellos se nos quedara sin visitar el pequeño pueblo de San Vicente, y esta fué la causa de salir nosotros unos días antes para no privar á los indios de dicho pueblo de los auxilios de la Religión cristiana.

Era, pues, el día 9 de Agosto de 1905, y después de celebrar la santa Misa, encomendarnos mucho á la Divina Pastora, patrona de nuestras Misiones, con un báculo en la mano, con un Cristo y el breviario, indispensables armas de todo misionero católico, salimos de Mocoa, no sin primero despedirnos de sus buenos habitantes, quienes dieron una prueba más del amor que nos tenían, acompañándonos hasta las afueras de la población, á pesar del mal temporal de aquel día.

Pocas horas habíamos andado, y ya el cielo nos visitó con un aguacero diluvial, el que continuó hasta bien tarde, y por este motivo no nos fué posible llegar el mismo día á Guineo, cosa que es factible, pero en tiempo bueno. Antes que llegara la noche nos desviamos del camino para ir en busca de una choza, la que, según datos de un indio que nos acompañaba, estaba no muy lejos de nosotros. Pero aun en esto fuimos desafortunados; porque después de mucho andar para encontrar tal habitación, sólo dimos con los escombros, pues sus moradores ya la habían abandonado. ¿Qué hacer en tal conflicto? La noche ya nos impedía desandar para tomar nuevamente el camino dejado; los que traían la comida y la cama no comparecían, y ni un machete teníamos para cortar ramas y formar un pequeño rancho que nos sirviera de casa en semejante soledad. Después de tirar planes y querer hacer ya una cosa, ya otra, seguimos el consejo de uno de nuestros compañeros; y era: gritar y más gritar, según la posibilidad de cada uno, para ver si á nuestros gritos contestaba algún ser viviente. Y fué muy acertada esta operación, porque





ABISINIA.—DESPUÉS DE LA DISTRIBUCIÓN DE ROPAS.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 249)

haciendo grande eco en el monte nuestras voces, pronto oímos por allí cerca el ladrido de unos perros. ¡Vamos allá! dijimos. Y cayendo y levantando por dentro de la espesura del bosque, llegamos á una pequeña choza de indios, quienes, á nuestra aproximación, se azoraron muchísimo; pero pronto se tranquilizaron con la explicación que recibieron de nuestro arribo á deshoras.

A pesar de lo bien que se portaron los caseros, siempre pasamos una pésima noche; ya porque nos vimos precisados á pasarla con la ropa mojada, ya también porque habiéndose quedado atrás la comida, tuvimos una cena muy parca.

Al siguiente día llegamos muy temprano al pueblo de Guineo, y allí nos reunimos con los que se atrasaron el día anterior; cuya demora, por supuesto, fué debida al mucho llover, y crecidos varios riachuelos, no pudieron vadearlos.

Los indios de dicho pueblo se mostraron muy contentos con nuestra llegada, y á pesar de tener sus casas diseminadas, como también distantes de la capilla, no por eso dejaban de oír Misa y asistir á la doctrina, que se les enseñaba todas las mañanas.

Pocos bautismos y matrimonios administramos en este lugar; pero fué grande el gozo que tenía nuestro corazón viendo cómo se valía Dios de nosotros para rescatar esas pobres almas del poder del enemigo, y aumentar el redil de la Iglesia católica.

¿Qué diré ahora de la furiosa tempestad que presentamos en Guineo?

Es necesario haber estado en el Caquetá y haberse hallado en una de esas borrascas, para tener por cierto todo cuanto parece exageración. La tormenta á que me refiero era capaz de amedrentar á los más valientes, y á la verdad no fué de las más formales.

Faltando un cuarto de hora para llegar dicha borrasca al lugar donde nos encontrábamos, ya oímos ruidos sordos como de grandes montañas que se precipitaban á los valles: el cielo, por de pronto, quedó ennegrecido; las aves, desconcertadas, vagaban sin rumbo fijo por el aire; los bosques, por estar en terreno sumamente plano y ser agitados de una manera furiosa por los vientos, formaban grandes oleajes, pareciéndose en esto á una embravecida mar. Árboles seculares, después de haber hecho atronar los aires, iban quedando tendidos por el suelo; mas todo esto era sólo un precursor de la propia tempestad. Nosotros, por estar en una pequeña elevación, desde donde lo dominábamos todo, experimentamos la cosa de una manera más violenta. Poco faltó para que la casa cayera sobre nosotros; toda ella traqueaba y bamboleaba de una parte á otra; y nosotros casi sin darnos cuenta del peligro, nos pusimos á defender de la lluvia, las camas, libros y algunos objetos de altar; porque el viento ya se había llevado casi toda la cubierta de la casa. Lo mismo y peor pasó en la capilla: toda la ropa del altar quedó cubierta de tierra y hojarasca, á más de estar muy mojada. Ni las pobres imágenes se habían podido librar de la tormenta, pues estaban caladitas de agua. Debo advertir cómo en esta ocasión no faltó para su complemento la lluvia de rayos, y no exagero diciendo lluvia; porque caen tantos y su sucesión es tan continua, que vista de lejos una tempestad de esta clase, parece que se abrasa en llamas de fuego el lugar donde dichos meteoros estallan.

Los indios de Guineo me aseguraban que esa tormenta la habían dispuesto los indios de San Diego ó San José, para causar miedo á los demás pueblos; y diciéndoles yo cómo dichos indios no tenían poder para tanto, repusieron: que al día siguiente, con la llegada



de ellos, me convencería de la verdad. Por fortuna no vinieron, como los guineos creían, y tuve más ocasión para disuadirlos de esas falsas creencias.

Pasemos ya á otras mejores escenas ocurridas en el pueblo de San Vicente. En lo anterior hemos visto el poder y grandeza de Dios; en lo que sigue admiraremos su amor y bondad.

#### CAPÍTULO II. San Vicente.—Memorable suceso de unos dos matusalenes

El día domingo, 13 de Agosto de 1905, nos despedimos de la gente guinea, y después de andar unas cuatro horas llegamos sin novedad al pueblo de San Vicente. Este pueblo está en una hermosa planada, y distante del río Putumayo una media legua. Todas sus casas están edificadas casi al derredor de la plaza, lo que no sucede en otros pueblos, y esto es de mucha ventaja para el misionero, porque le evita andar buscando á los indios y haciéndolos traer de dos ó tres horas de distancia.

Son los de San Vicente muy respetuosos con el misionero, y lejos de rehusar la asistencia á la doctrina y demás actos religiosos, ellos mismos suplican y se interesan para que se les enseñe. En prueba de lo que digo, allá va la historia de los dos fundadores de este pueblo.

En la primera visita que hice á algunos pueblos del Putumayo, estuve una temporada con estos indios, y llegaron á quererme muchísimo, sobre todo unos dos viejecitos á quienes los demás reconocen como caciques; llámase el uno Clemente y el otro Vicente, y con éstos pasó lo que voy á referir:

Por las tardes, después de enseñarles la doctrina y darles consejos adecuados á su capacidad, me los llevaba á la casa; allí hacíales algunos regalitos, como también les preparaba su papelillo, que para ellos es una de las mejores golosinas. A todo esto se seguía, naturalmente, una multitud de preguntas, todas encaminadas á satisfacer mi curiosidad; y ellos con el mejor gusto me complacían en todo: era, pues, yo feliz con mis dos viejos. En cierta ocasión díjeles: «Ustedes cuando muriendo ¿cómo será? ¿mirando será á Taita Dios ó no mirando?» (Este es el castellano y manera de hablar con ellos). Comprendí que esta pregunta les impresionó hasta el extremo de manifestar tristeza. Luego con palabras conmovedoras me dijeron: «¡Por Dios! Taita Padre, ayúdame á salvar esta mi pobre alma, yo mucho miedo tiene ese infierno.» A esta súplica ¿quién hubiera rehusado cumplir la obra de misericordia que manda enseñar al que no sabe? Yo les dije cómo precisamente había ido para salvar sus almas; que sólo les exigía la asistencia mañana y tarde á la doctrina, y luego me ofrecía á dejarles el corazón tranquilo, y con la esperanza de ver á Dios después de muertos.

Fué, pues, mi tarea prepararlos para la primera confesión y comunión. Y no piensen mis lectores que esta labor me haya sido dificultosa y de muchos días; no: porque Dios, de una manera prodigiosa, alumbrábalos el entendimiento, y con prontitud llegaban á entender lo necesario para recibir dichos Sacramentos.

Después de enseñar en la capilla á todos los indios los misterios de nuestra Religión, retirábame con mis

dos discípulos bajo el alero de una choza, y allí, sentado sobre un trozo de madera, practicaba, en cuanto me era posible, la caridad y paciencia del buen Pastor.

Este acto que para mí era conmovedor, vista la gravedad y atención de mis discípulos, sólo duró cuatro días; porque al cabo de este corto tiempo ya sabían lo suficiente para poderse confesar y recibir á Dios Nuestro Señor en la sagrada Comunión.

Llegó el momento de acercarse al tribunal de la Penitencia, y puedo asegurar que esos infelices, antes de empezar su confesión ya eran muy amigos de Dios: ¡tal era el arrepentimiento y las abundosas lágrimas que yo veía correr por esas mejillas tan feas y *caratosas*!

Durante la confesión mi alma tuvo goces que no son para estampar en este escrito; y asimismo me abismaba al palpar la Bondad y amor de Dios con esas almas. Luego, por primera vez, hizo el Señor su entrada triunfal en aquellos corazones, y complacido pudo haber dicho: *Deliciae meae esse cum filiis hominum* (Prov., VIII): «Tengo mis delicias en estar con estos pobres indios.»

Después que acabé la Misa híceles agradecer el beneficio recibido; y con frecuencia hacía grandes pausas, porque el mucho sollozar les impedía seguir conmigo. Pero aún hay más: los esperé en la puerta de la capilla, y preguntándoles si estaban contentos, la respuesta fué: soltar el llanto, abrazarme y decir con entrecortadas palabras: «Dios pagaracho, Taita Padre.» (Dios te pague, Taita Padre).

¡Qué bien y á la letra se cumplió en esta bonita escena aquello de la Escritura: *Suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem; ut sedeat cum principibus, et solium glorie teneat*. (Lib. 1.º, Reg. II, 8): «Que desde el polvo y desde el mismo cieno, levanta el Señor al pobre y necesitado, y lo coloca en un trono de gloria junto con los príncipes!»

He aquí la recompensa que el Señor sabe dar al pobre misionero en estos desiertos y soledades.

El gozo santo que uno experimenta después de haber hecho el bien á sus semejantes, y del cual sólo Dios Nuestro Señor es testigo, vale más que todos los placeres de este mundo.

Cierto y muy cierto es, que nuestro ministerio, máxime en este territorio, exige grandes sacrificios y no pocos martirios. Todo aquí le es á uno adverso: los climas, la infinidad de plagas, los dialectos y diversidad de costumbres de los indios; la bravura de unos, la ingratitud de otros y el odio de no pocos; la escasez de víveres por una parte, la falta de caminos por otra, y muchas otras cosas, hacen que sea dura la vida del misionero. Pero aún hay más: porque el desamparo y soledad de estos lugares nos hacen comprender mejor cuán grande fué aquel sacrificio que voluntariamente hicimos al entrar en la Religión, de dejar á nuestros padres, hermanos y amigos, pues vienen á la mente, con viveza, el recuerdo de todas las caricias y amores de los suyos. Pero ¡Dios! por quien hicimos dejación de todo eso, cuida de suplir de una manera admirable todas estas cosas; y en la humilde choza del salvaje, bajo la sombra de una palmera, junto á las corrientes de los ríos y en las abrasadoras playas de estos desiertos,



derrama con profusión y á torrentes en nuestros corazones los celestiales goces.

Perdona, lector, estos arranques de mi pecho; pues

en los tres años que ya llevo de misionero en estos lugares, alguna cosa habré gozado y sufrido.

(Continuará).

## DE MASAUAH Á ALITIENA (ABISINIA)

APUNTES DE VIAJE, POR EL R. P. BATEMAN, LAZARISTA

(Continuación)



DESPUÉS de fatigosa jornada de doce horas, á través de países horriblemente salvajes, henos por fin á Alitiena.

Nuestra llegada había sido anunciada y nos esperaba la población en masa. Hombres colocados en los picos más altos de las montañas, al descubrirnos anunciaron que nos veían con largos y agudos gritos. Este es el telégrafo sin hilos de Abisinia.

Los misioneros y toda la gente del pueblo nos hicieron un recibimiento entusiasta; la entrada fué casi triunfal. Los hombres disparaban sus fusiles, y las mujeres entonaban cánticos de alegría. Todos me besaban las manos, mirándome y examinándome curiosamente, como nuevo que era entre ellos. Los niños me cogían de las manos y de la sotana, abrumándome á preguntas que no comprendía.

Alitiena es el país más salvaje y á la vez más hermoso del mundo. A él sólo se llega franqueando una larga serie de montañas abruptas, ondas gigantescas de un océano petrificado. El pueblo está situado en una quebrada, como al fondo de embudo gigantesco, cuyos bordes forman catorce picos áridos y desnudos. En la estación de las lluvias, de todos estas cimas saltan estrepitosas cascadas, y la quebrada que serpentea á nuestro alrededor se convierte en lecho de impetuoso torrente, que arrastra cuanto se opone á su paso.

Al extremo de esta quebrada hay una pequeña llanura: á un lado de ella se levanta la iglesia que preside el cementerio, y en el opuesto nuestra residencia, edificada sobre un montículo. Puede comparársela á un castillo de la Edad media. Más de una vez fueron en ella sitiados nuestros ilustres predecesores, y algunos cayeron en manos de los sitiadores.

La tribu entre la cual nos hallamos es la de los irobs-boknaito. Hace aproximadamente un siglo que fijó aquí su residencia, provenía del fondo de Abisinia. Era tan salvaje, que ninguna otra tribu la quería por vecina.

Perseguidos y expulsados de todas partes, los irobs se establecieron en estas salvajes regiones, después de haber acabado con los que las habitaban, y esto de una manera cruel. Cortábanles los brazos y las piernas, y luego les decían: «¡Ya podéis marcharos!» Eran tan salvajes, que ningún extranjero, ni siquiera indígena, al aventurarse por estos montes, salía con vida. El Ilmo. Sr. de Jacobis logró civilizar estas fieras; hoy casi toda la tribu es católica. Los irobs y unos veinte cristianos de Guala constituyen el núcleo de nuestros feligreses.

¡Pobres gentes! ¡Su tierra parece maldita! ¡Todas las calamidades caen sobre ella! Unas veces les roban y saquean porque son católicas, por lo cual nos dicen lamentándolo con lágrimas en los ojos, que su fe les cuesta cara. Otras veces la epizootia diezma su ganado; y siempre padecen hambre... pues las langostas y la sequía asolan sus campos.

Ahora desde hace dieciocho meses reina el hambre, pero no el de siempre, sino un hambre horrible. ¡Ah! ¡Si los que leéis estas líneas fueseis testigos de los horrores que presenciamos y que nos desgarran el corazón! Niños hambrientos nos tiran de la sotana, pidiéndonos pan; hombres y mujeres, de ojos cárdenos, cuerpo endeble y rostro pálido y demacrado, vienen á decirnos:

—Padre, dame de comer; ó me mato, para no padecer más.

Corren el país numerosos bandidos. El otro día me decía el muchacho indígena que tengo de criado:

—Padre, no salgas solo y no vayas lejos, porque, como ves, la gente de este país es muy mala, y te mataría para robarte los vestidos.

Esta situación, como antes he dicho, hace dieciocho meses que dura, y durará mucho tiempo más, pues por todas partes sólo se ven inmensas nubes de langostas. Si Dios no se apiada de nosotros, ¿cómo podremos mantener á toda esta tribu de hambrientos que se acogen á la Misión como á su última esperanza?

Hace veinte años poseíamos obras espléndidas, más de doce Misiones, treinta mil cristianos, y grandes esperanzas. Hoy la persecución religiosa nos ha arrinconado á estos montes salvajes. Sólo tenemos dos Misiones: la de Alitiena, en donde estamos en casa propia, y la de Guala, en donde somos tolerados.

Fuera de esta pobre tribu entre la cual vivimos, todo apostolado nos está rigurosamente prohibido, bajo pena de nueva expulsión.

¡Tenemos los brazos atados ante una mies que querría sazonar! ¡Si tuviéramos completa libertad, pueblos enteros se rendirían á Cristo! Pero ahora las conversiones son individuales y aún muy raras. El Prefecto de la provincia, que se dice nuestro amigo, amenaza con la cárcel á cuantos se conviertan. El año pasado dió contra nosotros un edicto de proscripción, que cualquier día puede ser aplicado. Dormimos sobre un volcán.

En Guala somos tolerados. El Príncipe no nos persigue. Nuestra libertad es muy relativa. Los enemigos rugen en la sombra, aguardando sólo un cambio en las disposiciones del Príncipe para caer sobre nosotros.



En esta pobre Misión, en el corazón del cisma, contamos unos treinta cristianos, restos fervorosos escapados á la persecución y al destierro. La iglesia de Guala hace pensar en Belén y en las catacumbas... Para lle-

gar á ella hay que escalar gigantescos peñascos, casi cortados á pico... Tiene campanario, pero no campana... ¿para qué sirve el campanario?

(Continuará).

## DEL SUR DE ÁFRICA

De una carta que de las florecientes é interesantes colonias del Sur del Africa publica nuestro excelente colega católico *El Correo de Andalucia*, copiamos los siguientes interesantes párrafos:

**Asamblea para redactar nueva Constitución.**—Dinizulo, el último rey cafre. —La Zululandia anexionada al Natal.—*Suffragettes ladies*.—Exploraciones paleontológicas.



ACTUALMENTE se celebra en Durbán, por los delegados de las Colonias del Sur de Africa, una Asamblea con objeto de redactar una nueva Constitución por la que se han de regir y gobernar; ha enviado doce delegados la Colonia del Cabo de Buena Esperanza, cinco la Colonia de Natal, cinco la Colonia de Orange River, dos la Rodesia y ocho el Transvaal.

Estos elementos heterogéneos de africaners, imperialistas y boers, ¿sabrán dar al olvido añejas preocupaciones de raza y el sentir de vencedores y vencidos? Este es el arduo problema, que no se hubiera jamás resuelto favorablemente para la paz y concordia de las Colonias del Sur de Africa sin una sabia política, como la que ha puesto en ejecución el Gobierno inglés.

Las sesiones comenzarán el 11 de Octubre. Es probable que la Asamblea durará mes y medio.

En el próximo mes de Noviembre ha de verse en audiencia pública el célebre proceso del último rey cafre Dinizulo.

Acusado de alta traición y de otros delitos no menos graves, permanece el mencionado rey en la prisión de Pietermaritzburg desde los comienzos del año actual. El período de sumario ha durado próximamente seis meses. En todo este tiempo han prestado declaración en contra del acusado más de doscientos testigos, cosa no muy extraña tratándose de un príncipe en desgracia.

La defensa, confiada al reputado letrado mister Eugene Rezaud, ha preparado igual número de testigos de descargo.

El tribunal que ha de entender en este proceso ha sido formado especialmente para este caso, y está constituido por lo que diríamos en España fiscal del Tribunal Supremo de Justicia y presidentes de Sala.

El sitio elegido para instalar la Sala Audiencia es Graytown. Este proceso de gran trascendencia para la magistratura de Natal, en el caso que la defensa de Dinizulo pueda probar su inocencia, ha producido en Inglaterra gran sensación.

Durante el tiempo que lleva Dinizulo en prisión, le fué retirada la subvención asignada por el Gobierno de Natal. Esta conducta fué reprobada por el Gobierno de

las Colonias de Inglaterra, fundándose en que hasta que no se pruebe el delito no comienza el período de privaciones de emolumentos.

Como quiera que el Gobierno de la Metrópoli no puede inmiscuirse en las Colonias que se rigen por el *self government*, el Gobierno de Natal protestó, pero á la vez modificó su resolución diciendo que abonaría todos los gastos que origina este proceso. Ciertamente la minuta del abogado defensor ha de ser una de las que mayor cantidad pueda percibir un letrado.

El proceso de Dinizulo está basado en su supuesta intervención en la protesta que hizo la población de color de Zululandia contra el impuesto personal decretado por el Gobierno de Natal. Los cafres que habían perdido sus ganados debido á la epidemia de los East Cost Fever, carecían de recursos para satisfacer una libra esterlina por individuo, y cuando vieron cómo llevaban la recaudación, secuestrándoles lo poco que poseían, se alzaron contra la policía encargada de la triste misión de ejecutar lo ordenado por el Gobierno.

Siendo impotente para devolver la tranquilidad á Zululandia, fué en su auxilio la Milicia de Natal, que hizo una verdadera matanza con la población cafre que carecía de armas de fuego.

Bambata, que fué caudillo de esta rebelión, fué decapitado, y el Gobierno de Natal, que vió la oportunidad de ocupar de hecho Zululandia, para poder enajenar sus tierras y reforzar los ingresos del Tesoro público, no vaciló en tomar prisionero al rey para juzgarlo como instigador de la rebelión. Suponiendo que Dinizulo pueda probar su inocencia, no ha de volver más á Zululandia, y esta colonia cafre, de que era Natal su protectora, pierde su autonomía é ingresa en el territorio nacional.

Zululandia es uno de los mejores territorios del Sud de Africa, posee abundantes minas de hierro, cobre y estaño. El carbón de hulla resulta fácil su extracción y abunda extraordinariamente. La industria minera comienza á desarrollarse. En Johannesburg y Durbán existen actualmente sindicatos con capital suficiente para hacer una explotación en grande de todas las minas. Puede Zululandia, después de pasados dos ó tres años, tener uno de los más codiciados puestos en el mercado metalúrgico del mundo.

Su costa es de un clima idéntico al de Andalucía, por lo que ha comenzado en grande escala la plantación de caña de azúcar.

Recientemente se ha inaugurado uno de los mejores ingenios de azúcar, capaz de consumir la producción de miles de acres, en condición actualmente superior á sus similares de Natal.

(Concluirá).



## CAIMANES Y HECHICEROS

(Conclusión)

## II.—Los hechiceros

**D**E los caimanes el que conozca estas tierras pasa naturalmente y sin transición á los hechiceros, sus amigos. ¿Sus amigos? diréis. Sí, amigos suyos y más aún, según las leyendas malgaches, sus hermanos consanguíneos. No es mi propósito exponer con todos sus detalles estas mitologías y supersticiones. Siguiendo mi costumbre, me limitaré á citar algunos hechos.

Me contaron un día que en el lago Kinkony había un soberbio caimán, una de cuyas patas delanteras estaba adornada con magnífico anillo de plata; pero, imitando á Santo Tomás, no quise creerlo hasta haberlo visto. Un colono europeo, á quien expliqué el caso, no me apellidó crédulo ó tonto porque no se atrevió á tanto. «¡Pues bien! le dije; venga V. esta tarde conmigo, y en cuanto anochezca, no sólo verá V. al fetiche del anillo de plata, sino que podrá convencerse de que un hechicero le sirve la cena.» Inútil añadir que á la hora convenida estábamos en acecho, escondidos tras de unos matorrales. Al poco rato llega un Sakalava; llevaba sobre la cabeza una *arona*, especie de cesto, se acerca al lugar, vacía junto al agua el contenido del cesto, y se retira paulatinamente, contemplando las apacibles ondas basadas por los últimos rayos del sol. Entonces pudimos ver perfectamente al Sakalava: era un hombre alto; llevaba en la cabeza una toca verde, distintivo de los hechiceros de elevada categoría en esta tribu. Al poco rato una cabeza viscosa surgió del agua que se enturbió al agitarse; luego vimos un soberbio caimán, luciendo un anillo de plata en una de las patas delanteras; se dirigió á donde el hechicero le dejara la comida, la devoró en un momento, y después se tendió perezosamente sobre la arena. Mi compañero, que ya había preparado el arma, apunta y dispara: á la detonación sucedió un desaforado grito del hechicero; el caimán desapareció, sin que jamás hayamos podido saber si fué herido ó si logró salvarse.

Los cantos populares malgaches suelen aludir muchas veces á esta amistad del hechicero con el anfibio; y los tratan de hermanos consanguíneos, aludiendo á una costumbre que algún día os explicaré.

En Madagascar hay muchas clases de hechiceros; pero excluyendo la infinidad de charlatanes que explotan la credulidad de estas gentes, podremos agruparlos en tres clases: Los *mpanandro*, que vienen á ser algo muy semejantes á nuestros antiguos astrólogos; los *mfra-mosavy*, que saben decir la buena ventura y hechos secretos, por lo que sólo salen de noche y es grande el temor que inspiran; y los *mpanas sikidy*, adivinos, á quienes se consulta la salud y la enfermedad, la buena y la mala suerte.

Estos individuos son entre los malgaches lo mismo que en toda época fueron entre todas las naciones salvajes ó civilizadas. De ellos muchos poseen secretos extraños, transmitidos de generación en generación. Estos son, ó bien remedios bienhechores, compuestos con

hierbas ú otros productos naturales; y cuyos efectos curativos prueban hasta la evidencia un sin fin de hechos; ó bien filtros, cuya virtud he experimentado en más de una ocasión; ó venenos, generalmente vegetales, que paralizan, causan enfermedades incurables, ó, lo que es peor, matan sin dejar huellas. Además de los hechiceros, hay los charlatanes, que imitan á aquéllos sin poseer su ciencia: con sus aires misteriosos, sus remilgos y sus bellaquerías, á veces saben imponerse á los pueblos mejor que cualquier autoridad legalmente constituida.

Se me ha preguntado si hay en Madagascar verdaderos hechiceros, esto es, que lo sean en realidad, que tengan comunicación con el diablo. La respuesta no es dudosa: yo creo que los hay, y las principales manifestaciones diabólicas se verifican en las *tromba*. A cuantos habitan en el interior, á menudo se les ofrece ocasión de asistir á unas reuniones que llevan este título. Pero hay que tener en cuenta que hay *tromba* y *tromba*, así como en todas las cosas, aun en las de la misma especie, hay diferencias. Los malgaches *hacen tromba* en muchas circunstancias: con ocasión de un nacimiento, de una circuncisión, de un matrimonio; para celebrar la curación de un enfermo, el regreso de un paciente ó un amigo; después de la cosecha del arroz, y hasta á veces sin motivo alguno, cuando no saben en qué emplear el tiempo. Pero estas reuniones no son sino meros pretextos para cantar y vaciar botellas de *taska* (alcohol). Tienen lugar en medio del pueblo, y la casa en que se celebran está con las puertas abiertas, ofreciendo entrada libre á todos los transeúntes. No así en las verdaderas *tromba*. Estas se celebran de día ó de noche, pero siempre rodeadas de misterio, y los profanos blancos no son admitidos á ellas. Como providencialmente y por azar, presencié cierto día una de estas *tromba* verdaderas, y aun hoy me admiro de haber sido admitido á ella; fué gracias á la amistad de un jefe de mucha influencia.

## III.—La Tromba

Como que el pueblo quedaba perdido en el fondo de la selva, no se pensó siquiera en trasladar la ceremonia á un valle solitario ó á algún claro del bosque. Allí mismo, en la plaza mayor, habíase levantado una grandiosa tienda con esteras de mimbre. En el fondo de ella un ancho estrado de un metro de altura. A eso de las once de la mañana, largos redobles de tambor advirtieron á las gentes que se prepararan, y poco después nuevos redobles anunciaban que iba á empezar la ceremonia. La parte reservada al público se llenó en un momento: las mujeres á la derecha, y los hombres á la izquierda. Todos eran sakalavas indígenas de este país del Boeni. Quedé en última fila, contento de mi rincón, pues precisaba no llamar la atención. Los expendedores de *taoka* (alcohol), corrían por los pasillos, llenando vasos y más vasos, que apuraban de un sorbo, así mujeres como hombres. Ya los ojos empezaban á brillar y las conversaciones á animarse, cuando, súbi-



tamente, una voz de mujer anciana entonó algo así como una canción, que no creo haya garganta europea capaz de reproducir. Cada emisión de voz no tenía más que cinco ó seis sílabas, y á las dos últimas la multitud entonaba ó desentonaba á coro un corto estribillo, siempre igual, y semejante á los de nuestras antiguas canciones populares.

Estaba absorto de tal manera contemplando á la multitud, que no me había fijado en lo que pasaba en el estrado que teníamos delante, en el que se había sentado una joven sakalava, la cual cruzadas las piernas á lo musulmán, contemplaba á los cantores con la mayor indiferencia. Mi vecino me dijo al oído: «Esta joven es soltera, y nos servimos de ella, que es pura, para que el espíritu la elija por morada. Si éste se digna visitarla, nos hablará en su nombre.» Cerca de la joven, una á su derecha y otra á su izquierda, habían dos viejas, cuyo aspecto me recordaba las hadas de nuestros cuentos. Su piel morena y apergaminada cubría un esqueleto, cuyos huesos salían por todas partes; su traje era sencillo pero digno, y todas sus acciones, graves, sin pedantería. Estas viejas ni lo probaron el aguardiente; parecían tener conciencia de llenar un ministerio. Ambas tenían en la mano una varita de palisandro, que se me antojó debía ser mágica, y quizá con sobrada razón, como luego se verá. Cuidaban de unos hornillos en que se quemaban inciensos de perfume penetrante, y de vez en cuando una de las viejas tomaba un hornillo y lo pasaba repetidas veces por debajo las narices de la joven, que parecía insensible.

De pronto una de las hechiceras extiende su varita sobre la multitud: ésta se estremece y agita como víctima de extraño temblor. Una voz de mujer joven prosigue el canto con nuevo ardor y entusiasmo, del que luego participa la multitud. Todas las miradas se fijan en el estrado: las dos hechiceras repiten extraños pases con sus varitas delante de la cara y al rededor de la cabeza de la joven: ésta parece agitada por violenta emoción interior; su pecho se comprime y se dilata con violencia, sube y baja los hombros, y sus ojos suplicantes parecen implorar misericordia á la multitud, que en aquellos momentos vociferaba amenazadora plegaria:

*Solista:* Ven, espíritu creador.

*Todos:* ¡Avia re!

Desciende, espíritu de nuestros abuelos.

¡Avia re!

¿Nos has olvidado?

¡Avia re!

Visita á tu familia.

¡Avia re!

Entra en el cuerpo de esta joven.

¡Avia re!

Ven á hablarnos á nosotros, tus parientes.

¡Avia re!

Luego volverás al sepulcro de nuestros abuelos.

¡Avia re!

Ven, que te esperamos ¡apresúrate!

¡Avia re!

A una señal de la varita la joven se levanta de un salto, y exclama: «Ya he llegado.» Para los malgaches esto significa: «el espíritu ha descendido sobre mí, y va á hablarnos por mi boca.» Un delirio indescriptible

se apodera de la multitud: sus cantos y sus súplicas habían logrado el fin propuesto, la visita del espíritu. Una tercera solista canta con entusiasta acento un himno triunfal en su honor; todos, hombres y mujeres, repiten á coro sus palabras, pero en tono diferente y marcando el ritmo con sonoras palmadas. Las dos brujas se colocan de nuevo al lado de la joven, y ¡cuál no sería mi estupefacción al ver que las facciones de ésta cambiaban visiblemente! Las líneas del rostro se endurecían y hacían hombrunas; sus miembros engordaban, su talle crecía. Me restregué los ojos é interrogué á mi vecino, que me contestó sólo una palabra: «El espíritu.» No era aquello alucinación mía, no; el cuerpo de la joven había crecido real y verdaderamente; tanto, que ésta era mucho más alta que las viejas que tenía á su lado. A una señal de éstas, la multitud calló; un anciano de los reunidos toma la palabra, y dirigiéndose á la joven, dice: «Animo, hija mía; dichosa tú, que has merecido ser visitada por el espíritu, dios creador. El es nuestro abuelo, y nosotros sus nietos; ha dejado la tumba para venir á decirnos por tu boca los remedios que requieren nuestros males...» El anciano habló todavía mucho rato. Finalmente, y á una nueva señal de las hechiceras, numerosos enfermos y pordioseros se levantaron, y fueron á desfilar por delante de la joven, trocada en médico y profetisa á la vez. Adivinaba á cada uno su enfermedad y le daba remedio eficaz, ó las penas y dolores que le afligían y la manera de vencerlas. Hablaba con voz gutural, frases cortas y acento imperioso, y más parecía dar órdenes que consejos. No miraba para nada al paciente; su mirada fija, inmóvil, se perdía por el espacio, y más de una vez creí ser el blanco de esta mirada extraña. Había prometido no decir ni hacer nada que pudiera turbar la ceremonia, y resolví ver el fin.

Acabado el desfile de desgraciados, se reanudaron los cantos, pero con ritmo más lento y más grave; un hombre desempeñaba esta vez el papel de corifeo. Las hechiceras habían empezado de nuevo sus pases misteriosos, y la joven volvía á su estado y talla normal. Sus facciones se corrigieron, sus ojos recobraron su viva expresión, y la joven exclamó: «Me voy.» Mi vecino me aclaró que era el espíritu quien se iba. Entonces una de las hechiceras, tomando polvo blanco que había en un plato, ensucia con él la frente, la nariz y las mejillas de la poseída, al tiempo que su compañera hacía lo propio en los pómulos de todas las mujeres de la reunión. La *tromba* había acabado.

En lo sucesivo vi alguna que otra vez á la joven aquella de la *tromba*: tenía el aire fiero, esquivo, la mirada huraña. Y no en ella sola, sino en otras muchas jóvenes de su edad, he visto esta fiera expresión: según me han dicho, se vuelven así al oficiar en las *tromba*...

No es, pues, extraño que el diablo tenga poder sobre estas poblaciones, y lo ejerza para su mayor detrimento. ¡Roguemos por ellas y trabajemos por todos los medios posibles para arrancarlas á la tiranía de Satanás, eterno enemigo de las almas, creadas á imagen y semejanza de Dios Nuestro Señor!

P. ORINEL,

*Misionero de Maevatana (Madagascar).*

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.